

ADVERTENCIA.

Mañana á las doce se verificará la vista de dos de las catorce causas que se siguen contra nuestro periódico, en el juzgado de primera instancia del distrito del Barquillo.

Se han encargado de las defensas nuestros queridos amigos los Sres. D. M. Moraita y D. R. Alzugaray.

MADRID.

6 DE OCTUBRE.

Todos hablan de la próxima reunion de Cortes, excepto el gabinete, que no se ocupa de tal asunto.

Verdad es que los ministros, unos reparando su salud y otros divirtiéndose en Andalucía, no tienen tiempo para nada.

El verano trascurrió entre viajes de placer, baños, mudanzas de aires y otras variaciones por el estilo; el otoño sigue la misma senda, y es lástima que en el invierno la temperatura no permita á los gobernantes continuar su gloriosa marcha.

Entre tanto, no diremos que están abandonados los negocios públicos, porque aunque los directores y los oficiales, también echan su cuarto á espaldas en eso de expediciones veraniegas, al fin aquí se quedan los escribientes, y del mal el menos.

La política y la administración se paran, pero en cambio los ministros andan, y váyase lo uno por lo otro.

Cuando regresen, tiempo de sobra les queda para ocuparse de los negocios del país, así como al país también le sobra para sufrir los negocios de la situación.

Los viajes habrán servido al conde-duque y demas colegas de estudio, y es lástima que no hayan llevado en su compañía al Sr. Escosura para que les ayudase á estudiar, y les escribiera una memoria por el estilo de la que ha de escribir en Filipinas.

Si el humo de las adulaciones no les ha cegado, y el rumor de los aplausos oficiales no les ha vuelto sordos, habrán comprendido que al país no le gustan las inconsecuencias, ni las veleidades, ni las apostasias, ni otras muchas cosas que hoy pasan como moneda corriente en el mercado público.

Tampoco le agradan los gobiernos débiles con los fuertes y tiranos con los débiles, que escriben notas humillantes, que encadenan á la imprenta, que no saben defender al país de los ataques extranjeros, que olvidan los intereses de la nación en asuntos gravísimos, y que admiten todo género de principios y de ideas, con tal de no abandonar el poder que ejercen.

Ni le acomoda que se traten las cuestiones como se trató la de Africa y se han tratado las de Venezuela y Méjico.

Ni le parece oportuno que se escatimen las libertades públicas, como se hacía en aquella circular del Sr. Negrete, ni en la otra de su compañero el ministro de la Gobernación.

Ni le conviene que se hagan elecciones pertur-

badoras para los pueblos, como las que hizo el Sr. Posada; ni que existan Congresos de funcionarios públicos como el actual; ni que permanezcan sin discurrir los proyectos de ley al cabo de cuatro años; ni que se olviden las antiguas promesas; ni que se trate al país del modo que lo tratan los vicarvaristas.

Si los gobernantes aprendieran todo eso, nos daríamos la enhorabuena por sus correrías; pero como los viajes son de placer, y se reducen á disfrutar el de las adulaciones ministeriales, los viajeros volverán tan alegres como se marcharon.

El que también volverá pronto, y hay quien dice que no muy alegre, es el señor marqués de la Habana, cuyo regreso anuncia La Epoca para la próxima apertura de Cortes.

Por mas que lo aseguren los periódicos ministeriales, el general Concha no está muy contento de su cargo, porque al fin y á la postre, le han sucedido cosas poco apetecibles.

Cuando se reuna el Parlamento se averiguará todo, si Dios quiere, y hasta es fácil que sepamos lo que el duque de la Torre contestó á la carta del general Prim, que han publicado estos días los periódicos.

Si en las regiones oficiales se ha recibido ó no se ha recibido la protesta de los españoles residentes en Méjico, contra las palabras pronunciadas en las Cortes por el Sr. Calderón, allá se las sabrá el gabinete; pero lo cierto es, que la protesta existe, y que el mejor día le cojerá al gobierno de sorpresa, ni mas ni menos que al señor Egaña le cojerá el nombramiento de senador, según dice su órgano oficial.

Si siguiendo el sistema que es tan del gusto de la situación y de sus defensores, habían dado por resuelta y definitivamente terminada la cuestión de Méjico, sin duda por haber surgido otros sucesos que por su importancia y rareza habían llamado la atención del público; pero cada día ocurren accidentes que vienen á demostrar que este asunto ha de dar todavía mucho de sí por mas que los gobernantes encarguen solo al tiempo el cuidado de darle cima.

No basta que hayamos visto en la Gaceta el real decreto creando la comisaría régia de Filipinas; no basta que se hayan concedido pingües sueldos á los hermanos Escosura; no basta que la nación esté atónita al contemplar tan grande escándalo, y que de todas partes lleguen las palabras de indignación y de censura con que se han recibido estas disposiciones del gobierno para apartar la vista de un asunto que ha de ser tan trascendental para el porvenir de España como la por tantas razones malhadada cuestión de Méjico.

En vano pasan días y semanas y meses, la ansiedad pública no se calma, porque la cuestión se halla hoy en el mismo punto que quedó al reembarcarse nuestras tropas. Recordará el público los diarios de la situación supusieron, y así parecía natural, que la misión mas importante que llevaba á París el señor marqués de la Havana, era arreglar este asunto.

No repetiremos ahora lo que con tanta extensión hemos dicho acerca del discurso con que contestó el emperador á las palabras que le dirigió el general Concha en el acto de presentar sus credenciales; solo, sí, diremos, que la interpretación que nosotros dimos á ese notable documento ha sido posteriormente confirmada por las pretendidas esplicaciones que ha dado el gobierno francés, que no son realmente otra cosa mas que una rectificación de las amargas quejas y de

las áeres censuras dirigidas por el jefe de la nación vecina al gabinete español.

Tampoco habrán olvidado nuestros lectores, que al estampar los periódicos ministeriales en sus columnas, con grande alborozo la noticia de estas esplicaciones, uno de ellos, La Epoca, aseguró que la cuestión principal había también quedado resuelta en estos términos: «Mientras que las tropas francesas no se apoderen de la capital de la república, no volverá nuestra expedición; porque es cuestión de honra para nuestros aliados tomar la revancha de la derrota de Puebla, pero cuando este hecho que no puede dejar de ocurrir se realice, las fuerzas españolas volverán al territorio de la república, para proteger el gobierno que se dé el pueblo mejicano, bajo la custodia y amparo de Francia y de España.»

No parece probable que esta noticia fuera inventada por el periódico ministerial; algun fundamento ha debido tener, y en nuestro concepto, el que tiene consiste en que el embajador español ofreció lo que dejamos consignado, por mas que el gobierno, despues de haberse comprometido á defender la no intervención de Méjico, no haya ratificado la promesa del general Concha.

Por esta razón hemos visto con admiración la insistencia con que el órgano ministerial competentemente autorizado asegura que nada ha prometido el embajador en París. Si dijera que nada había prometido el gobierno, por mas que sea averencia esencialmente esta afirmación, nos parecería verosímil, porque La Correspondencia podrá saber lo que pasa en el ministerio de Estado, puesto que sigue siendo órgano del gobierno, á pesar de la declaración de la Gaceta; pero, lo es por ventura del marqués de la Habana? Si no lo es, como creemos, es imposible que conozca los medios que haya propuesto para llegar á una avenencia en la cuestión mejicana, avenencia imposible, si, como nos asegura nuestro corresponsal de París, no se ha dado ninguna latitud á las instrucciones del embajador en esta materia.

Como si dijera una gran cosa, asegura La Correspondencia que España no procederá en esta cuestión sino de acuerdo con las tres naciones signatarias del tratado de Londres. Esta solución sería racional, si las cosas hubieran de seguir en Méjico in statu quo hasta que se ajustase el nuevo convenio; pero cuando la expedición francesa marchará probablemente á estas horas sobre la capital, y cuando lo que se deduzca de la campaña es tan importante para nosotros, no podemos esplicitarnos la tranquilidad con que se condenan á la inacción nuestros gobernantes.

Y no se diga que del mismo modo procede Inglaterra, porque, en primer lugar, no tiene en Méjico los grandes intereses y los sagrados deberes que nosotros tenemos, y en segundo, porque sus compromisos diplomáticos en esta cuestión no son tan graves como los nuestros. Todo el mundo sabe con qué reservas y condiciones firmó lord Russell el tratado de Londres, y nadie ignora que contribuyó á la expedición con poquísimos elementos.

Sea de esto lo que quiera, la tenacidad de La Correspondencia da claramente á entender que el gobierno persiste en su política de no intervención, aunque no haya protestado, como sería lógico, contra la conducta de la Francia.

En vista de tal actitud, parecía natural que La Epoca y El Diario Español, que siempre han creído que España iba á intervenir en Méjico, destruyendo el gobierno de Juárez para que los mejicanos eligiesen otro que diera garantías de ór-

den en el interior, y seguridad, á las otras naciones, de cumplir sus compromisos, alzasen su voz, como antes la alzaron, contra las insinuaciones de La Correspondencia, que, según vemos, los ha vencido en esta como en otras cuestiones.

Aparte de todo esto, lo mas grave del caso es que, por la inaudita torpeza de nuestros gobernantes, hemos abierto las puertas de Méjico á la Francia, dejando abandonados en aquel país nuestra honra y nuestros intereses.

El Pensamiento Español sale al fin hablando contra el hermoso discurso inaugural que pronunció en la universidad el Sr. Nuñez de Arenas, y condenando al profesoado como panteísta.

Nosotros hemos hecho el merecido elogio del discurso del Sr. Nuñez de Arenas, y aunque ligeramente, le hemos analizado, leyéndole antes con toda detención, y no encontrando en él ni sombra de panteísmo. Que Dios está en todas las cosas por penetración y sin confundirse con la esencia de ellas, y que todas las cosas están en Dios, que en sí lo comprende todo, y sin quien no existiría nada de lo que existe, ni tendría razón de ser nada de lo que es, nos parece que no debe llamarse jamás doctrina heterodoxa ni panteísta, sino muy ortodoxa y muy católica; y por cierto que no es otra la doctrina del Sr. Nuñez de Arenas. Esta doctrina es la doctrina cristiana, de origen divino, y no de invención de un gran filósofo y poeta, paisano nuestro. En esto convenimos con El Pensamiento Español; pero no en el infundadísimo cargo que dirige al Sr. Nuñez de Arenas. El Sr. Nuñez de Arenas atribuye á Fr. Luis de Leon, no la invención de una verdad revelada que todos aprendemos en el catecismo, sino una de las fecundas consecuencias racionales y filosóficamente puede el entendimiento humano deducir de esa verdad. La teoría de la unidad armónica, el sistema de que todo está en la suprema idea, por alta é inefable manera compendiado y cifrado; las aplicaciones de esta primera verdad á la filosofía de la historia, á la fé en el constante progreso ó en la ascension perenne de la humanidad hacia un bien indefinido, y el enlace que existe entre las ciencias, hijas de la filosofía, primer fundamento de todas, son nociones meramente humanas y racionales, que en manera alguna pueden ser, ni el dogma mismo católico, ni contrarias al dogma católico, como pretende casi simultáneamente El Pensamiento Español.

El Sr. Nuñez de Arenas tampoco ha dicho, á propósito de la fé y de la razón, nada contrario á la primera, nada que pugne con la verdad católica. La razón y la fé son ambas dones de Dios y no pueden contradecirse: pero la fé tiene por objeto lo que está por cima de la razón, y la razón todo cuanto el entendimiento abarca y comprende. Las mismas verdades de fé, una vez comprendidas por el entendimiento, que sin la fé no las comprendería, son, digámoslo así, asunto de los incansables esfuerzos de la razón, que se emplea, no en derribarlas, sino en deducir de ellas otras verdades secundarias, que brotan con perenne desenvolvimiento de esas verdades fecundas y sublimes.

En este sentido ha hablado de la fé y de la religión católica el Sr. Nuñez de Arenas, y ha querido, no conciliarlas con la razón, pues no hay ni hubo nunca enemistad entre ellas, sino probar la armonía que existe entre ambas, y que niegan en el día algunos fanáticos.

El Sr. Nuñez de Arenas no ha cometido ninguna profanación horrible; ha leído, sí, en la uni-

versidad central un elegante y sabio discurso, liberal á par que piadoso, y que solo puede disgustar á El Pensamiento Español, que sostiene que el catolicismo es anti-liberal, retrógrado y enemigo del progreso humano.

Segun La Correspondencia, se dice que además de la ya celebre carta al general Serrano, el conde de Reus ha dirigido otras dos no menos fuertes al general Gasset y al auditor de guerra señor Fiol.

No sabemos hasta qué punto será exacta esta noticia; pero no parece inverosímil, si se considera que ya es imposible dudar de la autenticidad de la carta al general Serrano. Han pasado muchos días desde que la conocimos en Madrid por conducto de un periódico extranjero, y ni el general Prim ni sus amigos han rechazado un documento tan notable.

La importancia y gravedad de este suceso no están en la carta que ya conocen nuestros lectores, sino en el hecho que ha motivado el arranque de justa indignación del conde de Reus.

Somos adversarios tan irreconciliables como sinceros del gobierno á quien el general Prim apoya con lealtad, á quien ha prestado generosamente los rayos de la gloria adquirida en Africa; dicho se está con esto que no somos amigos políticos del general Prim; pero nosotros nos ponemos siempre de parte del derecho, y confesada implícitamente la autenticidad de la carta, confesado está también que en un escrito puesto bajo el patrocinio del capitán general de Cuba, se han inferido ofensas indignas al plenipotenciario español en Méjico. ¿Cómo no hemos de vituperar la conducta ó el descuido lamentable del duque de la Torre? Nadie acepta la dedicación de un libro, sino en el caso de su objeto y tendencias; ninguna persona constituida en autoridad, y mucho menos en autoridad suprema de una colonia, permite poner su nombre en la primera página de un folleto político de actualidad. Aunque esto pudiera suceder, preciso es no olvidar que en Cuba no se publica una sola línea sin pasar por el tamiz de la previa censura: todo lo que sale á luz en letras de molde, lleva la aprobación tácita de las autoridades. Por eso se concibe la dolorosa sorpresa del conde de Reus al verse tratado de una manera injustificable en el folleto dedicado al general Serrano; por eso no puede esplicitarse satisfactoriamente la reproducción en la Habana, con aplauso y amplificaciones, de las groseras injurias que circulaban por Méjico antes y despues de llegar allí el general plenipotenciario; por eso no hay una persona honrada que deje de dar la razón del conde de Reus. La cuestión política queda á un lado, y solo se ve la cuestión de conveniencia, de decoro y de justicia.

Hace algunos días dijo el organillo siempre ministerial que de las averiguaciones mandadas practicar por el capitán general de Sevilla, resultaba completamente falso y sin fundamento alguno el rumor de que el pan que se suministraba á las tropas de aquella guarnición era nocivo á la salud.

A esta aseveración terminante, que revela un aplomo poco envidiable, contestamos asegurando entonces, como aseguramos ahora, que de la sumaria mandada instruir por el general Quesada, había resultado, en concepto de los panaderos que reconocieron el pan, que este no podía estar peor elaborado; y en concepto de los químicos (segun análisis), que las harinas estaban averiadas, y que contenían nada menos que subacetato de plomo en gran cantidad, zinc, carbonato de cal y

FOLLETIN DE EL CONTEMPORANEO.

LOS TRES ROHAN,

Roger de Beauvoir.

El sobrino del sastre, por su parte, miraba á aquel hombre, y á pesar suyo, sentíase dominado por una atracción que no sabía esplicarse.

El accidente del desconocido sumergió á Carlos en una indolencia extraña, de la que solo salió, al sentir la mano del extranjero que abría el broche de la cadena que pendía de su cuello.

El desconocido la oprimió contra su pecho, y dirigiéndose á Carlos, despues de haber echado á su alrededor una mirada, le dijo:

—¡Esta cadena, joven, no es mía; esta cadena, que se halla depositada en poder del platero Renetz, es vuestra!

Y viendo que Carlos retrocedía haciendo un gesto negativo, añadió:

—¡Oh! Yo no miento! No he venido aquí para mentir! Os digo que esa cadena es vuestra, y que la conserveis! Espero que muy pronto podreis contestar como os corresponde á los que os techan en cara el ser sobrino del honrado maese Potnick; vos, que sois mas noble que la noble casa de Nassau, tan noble como la casa real de Francia! Creéis haber venido disfrazado á este baile, y no lo estais: sois príncipe!

Y como el joven tomase estas palabras en un sentido irónico, añadió en voz baja:

—Yo soy quien os salvó anoche. ¿Os acordais del mercado de las Telas? Ni una palabra de esto á maese Potnick ni á su hija Elena! Adios, pues nos observan: muy pronto volveremos á vernos.

Ejba á lanzarse en el schuyt donde había venido, dejando al joven anonadado por la sorpresa, cuando vio Carlos que le rodeaba una multitud de hombres armados que acudieron del palacio precedidos por Olivier de Gheel.

De órden del Consejo de los Estados, dijo el gran baillío arrancando la máscara al extranjero, os presentamos por haber desnudado la espada en las calles de Utrech, contra los estudiantes de nuestra docta universidad.

—¡Es él! Es él! balbuceó con mal seguro acento maese Potnick, contemplando al extranjero.

Las rodillas del sastre se doblaban bajo el peso de este, y Elena, aunque rendida de cansancio, hubo de sostenerle. La joven había recorrido todos los salones del baile buscando á Carlos, y seguida de su padre, que participaba de la inquietud de la joven.

—¡Al fin te hallamos! dijo á su sobrino con acento de reconecion, interin que el gran baillío y sus secuaces se llevaban á viva fuerza al hombre del schuyt.

Potnick apoyaba una mano sobre la espalda de Carlos, y lo cubria con su mirada semejante al avaro que contempla su tesoro.

—¿Qué has hecho de la cadena? ¿Gran Dios!... exclamó el sastre, notando que Carlos no la llevaba al cuello.

—Me la ha tomado maese Jacobo Renetz, contestó el joven.

En seguida regresaron á su casa. El sastre encendió su lámpara, y sin pronunciar una palabra condujo á Carlos á su aposento.

Cuando Elena dió las buenas noches á su primo, brotó de sus ojos una lágrima.

Carlos, por su parte, luego que se hubo arrojado sobre la modesta cama que ocupaba en la casa del sastre, murmuró:

—Sin embargo, si fuese verdad!

III.

La muralla.

El joven no pudo conciliar el sueño: la voz del misterioso dominó murmuraba incessantemente á su oído.

Carlos no podía recordar la escena del baile sin sentir una turbacion singular; su imaginacion vacilaba ante aquel fantasma.

—¿Quién era aquel hombre cuyo solo acento había tenido el poder de admirarle, aquel mágico que le había predicho su porvenir?... Aquel encuentro imprevisto arrojó al sobrino del sastre en un mundo de conjeturas y de confusiones.

Mil imágenes confusas, oscurecidas hacia mucho tiempo en su memoria, se destacaron en su pensamiento, irguiéndose delante de su almohada.

Recordó, como un sueño, curiosas particularidades de su infancia, palacios de mármol y de jaspe, calles

solitarias y canales diferentes de los de Holanda. Entrevió oscuramente otra ciudad, en la que recordó haber estado en su infancia; una ciudad en la que grandes lacayos galoneados le llevaban en brazos: ¿esta ciudad era Venecia?

Precisamente el hombre hablaba el dialecto comun á los marineros del Adriático. Carlos creía haber oído antes su voz sonora, vibrante, al mismo tiempo que la de maese Potnick. Este recuerdo, por velado que fuese, agitaba al joven; y despertaba en él mil instintos comprimidos hasta entonces.

En primer lugar le dominaba la ambicion; ese impulso, tan vivo en aquellos que la han ahogado durante mucho tiempo.

—¡No! ¡La que hervia en sus venas no era sangre holandesa! ¡Era una sangre mas caliente, enemiga de la calma y de la indolencia; una sangre que le hacia odiar su situación!

—¿Cuántas veces al ver pasar por las calles de Utrech las músicas militares y los soldados de Enrique de Nassau, al verlos desaparecer á lo lejos entre las banderas desplegadas de la casa de Orange y los penachos de los caballos, latió apresuradamente el corazón del joven!

En las pocas visitas que el sastre hacia á algunos pintores de la ciudad, el bravo Potnick había notado mas de una vez que los ojos de Carlos se llenaban de lágrimas, si en la casa de Gonzalo Coques ó en la de Morelde, veía en los cuadros los magníficos trajes del príncipe Guillermo ó de algun señor de la casa de Hanau, cuya armadura envidiaba el joven.

La presencia de un caballero en la tienda de su tío colmaba á Carlos de alegría, y no cesaba de elogiar los brocados de su vestido.

Otras veces recibía á aquellos nobles parroquianos con mal reprimido desprecio.

—¿Por qué he nacido hijo de un mercader? murmuraba contemplando á maese Potnick, cuyo solo aspecto arruinaba sus ideas de orgullo y de fortuna.

Muchas veces había instado al sastre que le refiriese la historia de su padre; pero el buen hombre se limitaba á contestarle, pasando las tijeras á través de la seda ó del terciopelo:

—Tu padre hizo bien en morir, hijo mio! Mi digno y difunto hermano, el capitán Potnick, no habría podido ver con indiferencia tu desden por el comercio; él que viajaba tan gustoso por los asuntos

de la compañía de Indias! Verdad es que descuidó los suyos, añadía el sastre moviendo la cabeza. Hace doce años que su herencia no me ha producido gran cosa; á no ser tú, perillan, que eres un mal legado.

—¿Pero mi padre estuvo en Venecia continuaba Carlos con ingenuidad. Yo creo recordar una ciudad de ese nombre.

—¿Sin duda? Pero tú no tenias aun cinco años. Entonces fue cuando tu padre se consagró á hacer fortuna, y tú no deberias pensar en él mas que para trabajar.... ¡El oficio de sastre es un buen oficio! Dentro de algunos años te casaré con Elena, tu prometida.... y ciertamente que será una gran muestra la que diga: Carlos Potnick, sucesor de su tío; y sastre del príncipe Enrique de Nassau; porque ese buen príncipe me proteje, y gracias á mis ruegos....

La perspectiva de este porvenir, brillantísimo á los ojos de maese Potnick, desesperaba á Carlos.

Retirado por la noche en su cuarto, encendía su lámpara y leía novelas y libros de caballería, que ocultaba muy cuidadosamente, temeroso de que la austera Gudula los descubriese.

Las novelescas aventuras de que estaban llenas aquellas páginas le exaltaban mas y mas, y á fuerza de identificarse con los héroes cuyas vidas leía, habíase persuadido á sí mismo de que era uno de aquellos caballeros armados de punta en blanco, como Rolando, temblado en el acero de su coraza.

—¡Un príncipe! exclamó sentándose en su cama aquella noche de febril insomnio que se siguió al baile: ¡un príncipe! ¡Seré un príncipe yo, que ayer me disfracé con un vestido de tall.... ¡Podré hacer temblar á Federico Haven, murmurando mi nombre á su oído!... ¡Oh! Si yo fuese príncipe, no tendría compasión con los espadachines y perdonavidas!... Eces gentes me disgustan, y esta noche, al ver en pie delante de mí al caballero del dominó azul que me llamó jovencito....

En este momento se oyó el ágrío sonido de la campanilla de la tienda. Carlos corrió á una regilla de alambre que le permitía ver lo que pasaba en el almacén, y reconoció, no sin sorpresa, á la dama que había llamado su atención en el baile; acompañaba-

la un caballero de veintiseis á veintisiete años, vestido á la última moda de Francia, y cuyo activo perfil daba á conocer que pertenecía á la corte francesa.

Apoyaba su enguantada mano en un alto baston con bellotas de oro, y de vez en cuando se peinaba complacido la negra perilla que se destacaba en su barba como un acento recto.

—¿La señora está satisfecha de este punto de Venecia? decía el sastre. Sentará perfectamente sobre ese vestido de brocado. ¿Qué opina el caballero?

—Opino, amigo mio, que vois un torpe, un atrevido, al dirigirme la palabra. Veo que tenéis una hija seductora, que es la que debia encargarse de enseñar las telas. ¿Cómo se llama? ¿Lutina? ¿Astrea? Contestadme vos misma, hermosa, añadió acariciándole la barba con su guante.

Elena se puso encendida como una cereza, y el sastre se quedó sin saber qué hacer. La dama echó una severa mirada al caballero, y se apresuró á salir de la tienda.

—Lleved todo esto al palacio del gobernador, que es donde nos hospedamos, dijo á maese Potnick, interin que este la acompañaba hasta la puerta haciendo mil reverencias.

Carlos, que no había perdido ni una sola palabra de esta escena, bajó entonces al almacén. Una vergüenza que no sintiera hasta entonces en presencia de ninguna mujer, le había impedido presentarse antes. Temia que apareciendo ante aquella hermosa cliente, bajo el humilde traje que llevaba, se creyese ella con derecho á despreciarle.

Las orgullosas ideas que había hecho germinar su conversacion con el misterioso dominó, le revelaban hartamente la pobreza de su condicion: la risa insolente de Federico Haven le perseguía sin tregua.

En esta ocasion vaciló al escuchar las humillantes frases del caballero que acompañaba á la dama.

—¿Cómo llegarse á él no siendo igual suyo? ¿Cómo provocarle, él, que no ceñía una espada?

La vara de medir le parecía un arma muy vulgar, desde que echara una rápida mirada á la brillante espada que pendía al costado del orgulloso parroquiano de maese Potnick. La vispera no habría vacilado; aquel día se sentía irresoluto.

(Se continuará.)

